

El dolor de cabeza de los sindicatos

LOS sindicatos

españoles se encuentran ante un dilema sangrante. Por una parte saben que el pacto social a tres bandas que les pide el Gobierno es imprescindible para salir de la crisis y, por otra parte, se les pide algo que contraviene sus reglas de juego e incluso su naturaleza. Apresado en esa contradicción Nicolás Redondo ha encontrado el butrón para huir y, escudándose en «razones de edad», se ha apresurado a anunciar que no se presentará a la reelección como secretario general de UGT. Otros líderes sindicales, mucho más jóvenes, desearían tener por un día la edad que les permitiera jubilarse sin tomar el dilema por los cuernos. No les faltan razones para ello:

** En primer lugar, son conscientes de que el tiempo de conquistar mejoras salariales y seguridad en el empleo ha terminado. La competitividad de las empresas les impone tozudamente la evidencia de que sólo la congelación de las rentas de trabajo, la movilidad en el empleo y el abaratamiento de los despidos puede hacer que los empresarios vean posibilidades para invertir y crear empleo. Rechazar la evidencia es hacerse cómplices de la progresiva decrepitud del país; aceptarla representa tragar culebras*

demasiado gruesas para sus estómagos de vanguardia de la clase obrera.

* En segundo lugar, sienten sobre sus espaldas la acusación implícita o explícita de insolidaridad, de que ya no defienden al proletariado de los parados, sino a los privilegiados que tienen empleo, con lo que se desnaturaliza su función.

* En tercer lugar, se les pide una firma en barbecho, sin certeza alguna de que con ello se consiga revitalizar nuestra maltrecha economía. Conscientes de la gravedad del momento, ignoran, al igual que el resto de los ciudadanos, si su esfuerzo, que es condición necesaria, será también condición suficiente, no ya para mejorar el nivel de empleo, sino ni siquiera para mantenerlo en las menguadas tasas actuales.

Una delegada de CC.OO. en la banca ha admitido públicamente que, si tuvieran sólo la certeza de que su sacrificio había de servir para «quedarnos como estamos», firmarían sin dudar el pacto social.

* En cuarto lugar, les agobia la incertidumbre del debate, actualmente álgido en España y en Europa, de si se debe repartir el trabajo, mediante reducción a cuatro días de la semana laboral y el anticipo de las jubilaciones, o si se deben incrementar las horas de trabajo sin incrementar el salario. La primera hipótesis es oficialmente preferida por el PSOE e IU en España y por el Gobierno y los sindicatos franceses, mientras la segunda es defendida por el PP, por el canciller alemán y por la mayor parte de los empresarios. Pero ambas posturas incurren en tremendas contradicciones: si se rebaja la semana laboral y los salarios, también se rebajarán las cotizaciones sociales que son proporcionales al salario, y, consecuentemente, el estado de bienestar seguirá despeñándose hacia el abismo; si se trabaja más horas o se retrasa la edad de jubilación, probablemente se apuntalará el estado del bienestar, pero de modo transitorio, ya que el número de desempleados crecerá irremisiblemente. Y, al final, tal vez tengamos paro y desprotección.

* En quinto lugar, nuestros sindicatos y muchos sindicatos europeos tienen ya el alma dividida. Han ido evolucionando hacia el neocorporativismo y poseen empresas (constructoras,

sociedades de gestión de los fondos de pensiones, sociedades de turismo rural, aseguradoras, etc.) con el mismo complejo entramado del accionariado, de sociedades interpuestas y de ramificaciones que pueda tener cualquier empresa de corte netamente capitalista. En estas circunstancias, la pluma les tiembla en las manos, porque su media mitad sindical ha de firmar contra su otra media mitad empresarial, o viceversa.

** Por último, los sindicalistas más conspicuos son perfectamente sabedores de que el modelo sindical al uso ha perdido gran parte de su razón de ser. Para ser eficaces necesitan despojarse de lo que históricamente fue su principal banderín de enganche: la redención de la clase obrera oprimida. Hoy sólo pueden defenderla si al mismo tiempo defienden los intereses de la antes denostada patronal. Algo parecido asimilaron antes los empresarios inteligentes que comprendieron a tiempo que sólo podían defender sus intereses escapando a la dinámica del capitalismo salvaje y defendiendo paradójicamente los intereses de los asalariados. La convicción de que sólo enriqueciendo el campo ajeno se puede enriquecer el propio es un dato nuevo que exige nuevos esquemas mentales todavía no desarrollados por los sindicatos.*

EN estas circunstancias, es más que lógica la jaqueca persistente de nuestros sindicalistas, enfrentados a una realidad para la que no estaban programados y que altera el funcionamiento de todas sus neuronas. De la actual crisis debería salir un modelo sindical en perspectiva de solidaridad general, más que en perspectiva de solidaridad de clase, un modelo sindical que plantee sus reivindicaciones, pero que no mire hacia otra parte cuando esas mismas reivindicaciones aparecen asociadas a la productividad y la inversión que sólo otros, no ellos, pueden realizar.